

EL MUNDO RELACIONAL DE LA CIBERSOCIEDAD

Alicia Silva Silva ⁶

RESUMEN

Este trabajo está orientado a generar soportes para la configuración de un objeto que tiene como propósito la puesta a punto del estado del arte vinculados con la cibernsiedad. A los efectos, se toma como referente el surgimiento de constructos explicativos que expresan, en contenido y extensión, nociones sobre: cibercultura, cibernsiedad o sociedad-red; ámbitos conceptuales que mueven el pensamiento de autores como Manuel Castells, Alain Touraine, Anthony Giddens, Michel Maffesoli, entre otros. Sobre todo, cuando teorizan respecto a una nueva sociedad. Así, en este escrito se abordan las puestas en prácticas discursivas, por parte de los más connotados pensadores de la temática. Se hace énfasis acerca de la relación entre el individuo y el complejo mundo de la sociedad; se trata, además, de cómo se interiorizan las estructuras sociales en los sujetos individuales y colectivos. Se buscará el nuevo modelo de estructura social, sus vaivenes desfundantes y el impacto de los cambiantes sistemas informacionales en la estructura y dinámica de la sociedad emergente.

Palabras clave: Sociedad, Cibercultura, Cibernsiedad, Globalización.

THE RELATIONAL WORLD OF CYBERSOCIETY

ABSTRACT

The aim of this study is to generate the foundations of the cybersociety to configurate its state of the art. For such a purpose, this article takes as referents the emergence of explanatory constructs that express in both content and extension different notions on: cyberculture and cybersociety or network-society, which are conceptual areas that impulse the thought of authors such as Manuel Castells, Alain Touraine, Anthony Giddens, Michel Maffesoli, among others, especially when theorizing about a

new society. Thus, this paper addresses the discussion of the most prominent thinkers on cyber discursive practices, The emphasis is on the relationship between the individual and the complex world this type of society is, and how social structures are internalized in the individual and collective subjects. The new model in social structure will be sought, as well as its fluctuations and the impact of the varying informational systems in the conformation and dynamics of the emerging society.

Keywords: Society, Cyberculture, Cybersociety, Globalization.

A modo de introducción

En consideración de Amín (2003: 147), la modernidad «es el producto de una ruptura ocurrida en la historia de la humanidad», ruptura que se inició en Europa en el transcurso de los siglos XVI, XVII y XVIII, pero que ningún modo se ha “completado” ni en los lugares de nacimiento ni en ninguna otra parte.

Giddens (1999), por su parte, construye una aproximación al término de modernidad definiéndolo como “los modos de vida y organización social que surgieron en Europa a partir del siglo XVIII, cuyas consecuencias se expresan en manifestaciones concretas actualmente, a nivel mundial”. La modernidad vendría a ser algo así como un fenómeno mundial de extensión y complejidad notables que obligan a un análisis sistemático de sus características si se pretende ir más allá de esta definición preliminar, con el fin de determinar sus consecuencias y alcances con mayor precisión.

El autor antes citado reflexiona en torno a los problemas de la seguridad y el peligro, de fiabilidad y de riesgo, que implica la vida moderna. La forma en que se da el desenvolvimiento propiamente moderno de la vida, ha producido efectos contradictorios que pueden ser analizados dialécticamente, ya que si bien lo moderno expresaría en numerosos aspectos una mayor seguridad con respecto al orden tradicional (el surgimiento de los estados naciones, el término de la guerra de “todos contra todos”, la monopolización de la violencia por parte del Estado, las mejoras en las condiciones de salud de la población

en general, la alfabetización y otros), a su vez conlleva el inevitable surgimiento de nuevos y terribles *riesgos*:

1) El colapso de los mecanismos de control económico y la consiguiente pauperización y precarización de las condiciones materiales de existencia en general (alimentación, salud, vivienda, educación, entre otros) sometiendo a aquéllos que “quedan fuera del modelo”, ya que, en los casos más extremos, no cuentan con los medios para sostener las condiciones materiales mínimas, necesarias para la supervivencia por parte de grandes masas de actores sociales.

2) El eventual crecimiento de un poder totalitario discursivamente hegemónico, que conlleva la consagración de un pequeño grupo de sujetos y/o naciones que toman decisiones que conciernen a una inmensa población.

3) La posibilidad de un conflicto nuclear o guerra a gran escala, fruto del proceso de industrialización, desarrollo tecnológico y descubrimientos científicos de carácter bélico y nuclear.

4) La desintegración o desastre ecológico, que amenaza irrevocablemente con destruir la naturaleza, si no por completo, sí drásticamente. El desastre ecológico se sitúa como una posible catástrofe que, al igual que una guerra nuclear afectaría absolutamente a todos los habitantes del planeta.

Por otra parte, está aquéllo que se representaría como algo seguro al interior del contexto de la modernidad. Giddens reconoce el concepto de fiabilidad presente en las acciones de los sujetos profanos, es decir, comunes y corrientes, con respecto a los “sistemas expertos” que han surgido en la modernidad. La multilateralidad del conocimiento técnico se ha plasmado en una infinitud de procedimientos específicos sobre los cuales un sujeto común y corriente no tiene mayor conocimiento y que el estado de las cosas obliga a establecer como fiables.

En último lugar, Giddens concibe la modernidad como un fenómeno reflexivo, esto quiere decir, que está de por sí, en constante

reestructuración teórica, práctica y ontológica. El desenvolvimiento de la vida moderna implica la recreación constante de los sistemas sociales, allí donde se ponen en práctica y cuestionamiento una y otra vez, dentro de determinados márgenes de acción específicos.

Continuidad y discontinuidad

Giddens analiza las formas de vida que adopta el cuerpo social que fueron introducidas por la modernidad, tomando en cuenta sus continuidades, pero especialmente sus “discontinuidades” con respecto a lo que se denomina como *orden tradicional*, caracterizado por las sociedades pre-modernas del mundo occidental. La noción de discontinuidad pone en tensión los conceptos manejados casi a nivel de sentido común por la teoría evolucionista, con marcadas influencias por parte del positivismo clásico, que concibe la historia de una manera lineal, como una representación relativamente ordenada de un sinnúmero de acontecimientos clasificables según su “tiempo” y “lugar”.

Se reconoce, entonces, a los procesos históricos como un entramado complejo de acontecimientos humanos, que toman ciertos elementos del pasado para constituir presente y delinear futuro, y no como una sucesión lineal fácilmente ordenable por una idea de evolución histórica. Entre dos procesos históricos distintos (tal es el caso de lo pre-moderno y lo moderno) no podemos establecer un llano invisible que separa a ambos como si pudieran comprenderse de manera específica y autónoma.

Por el contrario, las nociones elaboradas por Giddens de continuidad y discontinuidad permiten reconocer en ellas una mutua determinación, lo que, sin dudas, aumenta la complejidad explicativa de los procesos históricos en lo que respecta a la labor de la sociología en particular y de las ciencias sociales en general.

Una de las principales características de la transición desde lo premoderno a lo moderno es que en este último proceso se trastocan sustancialmente las formas en que se manifiestan las relaciones humanas en general, entendidas éstas en lo que respecta a su desenvolvimiento en el “tiempo” y en el “espacio” de las acciones.

Lo que tradicionalmente podía expresarse como una relación social *comunitaria*, de carácter más bien local, es en la modernidad llevado a cabo a niveles mundialmente extendidos de la división internacional del trabajo. De alguna forma las relaciones productivas, diplomáticas, económicas y culturales, se han integrado mundialmente. Esta comparación, aunque pueda a primera vista parecer excesiva, nos permite intuir el hecho de que, más que un quiebre, se produjo históricamente un paulatino proceso de reformulación de la cosmovisión humana, transformación que tiene como correlato un reordenamiento social, por supuesto.

Dicho de otra forma, aquel reordenamiento no se produjo “de un día para otro”, sino que se instauró paulatinamente por medio de un proceso histórico de transformación. Con la modernidad, comienza a configurarse un esquema global de desenvolvimiento económico y político sobre nuevas bases ontológicas en lo que respecta al espacio y al tiempo, se reestructura “la condición de ámbito indefinido entre tiempo y espacio y ello nos proporciona los medios para una precisa regionalización temporal espacial”.

De acuerdo con lo planteado anteriormente, se perfila que la coordinación del tiempo es la base del control del espacio, la modernidad diferencia de esta forma al espacio del lugar, ya que este último se refiere exclusivamente al carácter local de los asentamientos físicos y geográficos específicos, mientras que la noción de espacio puede, modernamente, involucrar acciones sociales que pueden desarrollarse en lugares muy distintos y distantes pero directamente relacionados por determinada actividad. En contrapunto, aceptar el desafío de la modernidad implica tomar conciencia de las contradicciones de la modernidad y concebir un proyecto social situado en el futuro y no en el pasado, capaz de superar aquellas contradicciones.

Cibercultura

Se habla de *cibercultura*, como un término muy relacionado con otros como globalización y postmodernismo. Según Joyanes (1997), este concepto se constituye en un tránsito de “la edad de la razón a la

edad de la inteligencia”. A su juicio, se está propiciando colectivamente una transformación de las respuestas culturales, políticas y sociales, así como un desarrollo de las tecnologías en tres etapas particularmente importantes en vista de su impacto.

La primera, cuando surge la televisión que genera la cultura de masas y del consumo; la segunda se da con las computadoras, que propician la cultura de la velocidad y de la no homogeneidad y, la más reciente, la de las telecomunicaciones, con las que se da inicio a la cultura del acceso. Esta cibercultura está conectada, es instantánea, siempre está interactuando de alguna manera y su deseo básico no es sólo conectarse sino crear un enlace inteligente, de manera que crea nuevas posibilidades.

Así pues, las tecnologías que utilizamos para interactuar en el mundo virtual tienen una relación dialéctica con la cultura. Tal como señala Castells (1999), “muchos rasgos del paradigma informacional devienen también rasgos culturales, como la interconexión, la porosidad y la flexibilidad”. En torno a esta afirmación, en la cultura cibernética el total es siempre más que la suma de cada uno de los individuos que la construyen, es decir, posee una propiedad sinérgica. Este tratamiento del concepto de cibercultura, a pesar de su apogeo, no tiene en cuenta la consideración de la información como el “cuarto poder”, que se ha convertido en el eje del nuevo paradigma económico y de globalización que se vive en la actualidad.

La cultura global que acompaña a la mundialización está estrechamente relacionada con las comunicaciones, sobre todo a partir del proceso de convergencia que los medios masivos han tenido con las tecnologías digitales, el cual ha ayudado a que se produzca una absorción por la esfera de la comunicación empresarial, las relaciones públicas y la publicidad, de otras dos grandes esferas: la de la información y cultura de masas (Mattelart, 1997).

Las conexiones en red y las tecnologías digitales se abren a flujos de información globales y locales, y crece la necesidad de incentivar las diferencias como un modo de afincarse en la propia identidad frente a lo global unificador. Los cambios que las redes informacionales están

produciendo en el esquema de la globalización, desde la perspectiva cultural, muestran la emergencia de un mundo de fracturas, de multiplicidades.

Según Martín-Barbero (1997: 34), “estas redes se configuran en escenario estratégico de la lucha por descentrar la mundialización no sólo del proceso de centralización económica sino cultural, esto es de la particularidad civilizatoria que hoy orienta la globalización”. Es en lo cultural donde se están dando las más fuertes transformaciones e intentos por enfrentar la globalización entendida como una universalidad uniformante. Hoy, cada región, cada grupo, cada localidad, reclama su derecho a la memoria y a la construcción de su propia imagen.

Lo local se vuelve el lugar de anclaje de los sujetos insertos en lo global, su punto de referencia, su espacio de reafirmación cultural; pero como lo local es diverso, no es único, al vehicularse por las redes informáticas da oportunidad de expresión a grupos minoritarios, a comunidades marginadas. Si bien nos enfrentamos a una planetarización de la cultura, donde los medios y las TIC nos hacen coetáneos de nuestro mundo, al tomar conciencia de lo que sucede en cualquier rincón del mismo y de que éste es uno, esa realidad nos hace ver también que existen otras culturas diferentes a la nuestra.

Globalización y cultura global

En opinión de Yúdice (2000: 95), la globalización, “está poniendo de relieve el valor de la cultura, no sólo para consolidar la identidad nacional o para resguardar la posición social sino como un recurso principal para el logro del desarrollo económico y social, al evidenciar contradicciones no sólo entre países o naciones, sino fundamentalmente entre sus individuos y grupos sociales y culturales (grupos étnicos, de obreros, campesinos, grupos organizados de la sociedad civil, minorías sociales, homosexuales, las mujeres, entre otros)”.

En su dimensión cultural la globalización ha permitido que los ciudadanos del mundo busquen nuevas formas de vivir la democracia, reclamando para sí no solamente derechos civiles y políticos clásicos,

sino derechos culturales, de participación, de reconocimiento social, de no exclusión, como forma de enfrentar cualquier intento de negación de las diferencias y un aumento de las discriminaciones.

De allí que la preocupación central de las sociedades contemporáneas sea cómo reducir las brechas, las distancias y cómo lograr la equidad dentro de las diferencias que seguirán separando a las culturas, individuos y ciudadanos de diferentes partes del mundo. Con lo cual, apunta Pineda (1996: 106), “así la globalización debe entenderse como un concepto dinámico y muy relacionado con la comunicación”.

En suma, se puede decir que la globalización se caracteriza por un fuerte movimiento de relaciones sociales mundiales, fundamentadas principalmente en procesos de comunicación entre culturas. Así, estas dejan de configurarse por movimientos autóctonos e identitarios y pasan a ser “nodos” en una red de relaciones mundiales.

Como lo manifiesta Monsalve (2002: 10), la globalización se caracteriza por la contradictoria intensificación de las interconexiones de las distintas esferas de interacción humana, gracias al soporte de “un sistema tecnológico de sistemas de información, telecomunicaciones y transporte, que ha articulado todo el planeta en una red de flujos en la que confluyen las funciones y unidades estratégicamente dominantes de todos los ámbitos de la actividad humana”. Son estos fenómenos los que permiten hablar de la globalización de las sociedades y de la mundialización de la cultura; aunque ambos términos, aún son motivo de polémica en el ámbito intelectual.

Frente al concepto de mundialización de la cultura, afirma Ortiz (1994: 17) que la idea de sociedad global remite a una “totalidad que penetra, atraviesa, las diversas formaciones sociales existentes en el planeta”. En este caso, las relaciones sociales dejan de ser vistas como “inter” (nacionales, civilizatorias o culturales) para constituirse como “intra”, esto es estructurales al movimiento de globalización. Siguiendo esta línea de pensamiento, expone Martín-Barbero:

Lo que la globalización nombra, no son movimientos de invasión sino transformaciones que se producen desde y en lo nacional; es dentro de cada país y arraigado en las prácticas cotidianas, como no sólo la economía sino la cultura se mundializan (1988: 170).

Lo que la globalización pone en juego es un doble y paradójico movimiento de descentralización, que sin embargo concentra el poder; y de fragmentación, que hibrida aceleradamente las culturas. El que lleva la iniciativa es el proceso del mercado, pues él está regulando las relaciones entre naciones y culturas, al poner a su servicio los modelos y las redes de comunicación, que constituyen lo más importante si se tiene en cuenta que lo anterior resume a la cultura como una red de comunicación cerrada de personas que comparten cosas en común, cosas políticas, económicas y educativas, pero que está virando hacia una sociedad mundializada en estos aspectos.

Al dejarse de lado los límites interno/externo, la cultura mundializada no se ubica fuera de las sociedades nacionales, sino que se constituye desde su cotidianeidad. Ortiz define este fenómeno como la “desterritorialización del espacio”. De este proceso abarcador se infiere un “orden interno de la misma sociedad global” (Ortiz, 1994: 19). La nueva sociedad planetaria implica la pérdida progresiva de aquellos elementos que han constituido durante siglos las bases de nuestra identidad. Estamos ante un nuevo territorio, pero quizás no ante un nuevo fenómeno. Hace años, el paso de una sociedad agrícola a una sociedad industrial también generó respuestas subversivas orientadas a restablecer el equilibrio identitario y frenar el avance del poder hacia nuevas esferas que hasta entonces formaban parte de lo privado.

Nuevas sociedades

Touraine (2001) realiza un estudio de los cambios sufridos por las sociedades contemporáneas, donde denota que sus preocupaciones se han centrado en dos direcciones principales. Por una parte, el problema de los movimientos sociales en los años sesenta, cuando las sociedades

industriales se transformaron en las actuales sociedades postindustriales. Y por otra parte, el estudio de los problemas relacionados con la identificación de los sujetos políticos y sociales como base y contenido de una estructura de poder.

Ante este panorama, al autor le surge una interrogante ¿existe una sociedad de la información? Esta interrogante lleva a dos posiciones: la primera es que existe una sociedad de la información, como existió una sociedad industrial fundada en el empleo masivo de la energía. Esta primera afirmación define a las nuevas tecnologías de la información, como un nuevo tipo de “fuerzas productivas”. La segunda establece que el mundo tecnológico, en esta sociedad, llega a independizarse de los otros aspectos de la vida social.

Ante este escenario, no se pueden encontrar condiciones previas, precedentes religiosos, políticos o territoriales para él; y su misma «flexibilidad» impide que ejerza una influencia determinante sobre otros sectores de la sociedad. En otros términos, las TIC son a todos los efectos un *primum movens*, pero siendo puramente instrumentales no determinan ni la organización de la sociedad ni las formas de poder ni las ideologías dominantes.

Giddens (2001: 69) señala además que la “reconstrucción de la sociedad en un mundo en proceso de cambio”, en la idea de que un mayor dominio de la ciencia y de la tecnología conduciría a un mundo con más certidumbre ha resultado, en el mejor de los casos, más complicada de lo que parecía, y la idea de que comprender nuestra historia nos permite hacer la historia sólo es una verdad a medias acerca del mundo en que vivimos.

La premisa presentada anteriormente permite concebir que la ciencia mantiene una doble relación con nosotros, que a menudo genera más certidumbre acerca del mundo, pero que también está profundamente implicada en las nuevas incertidumbres a las que nos enfrentamos.

Lo que distingue nuestra era global de las anteriores es, sobre todo, la influencia de las comunicaciones y los ordenadores, que ha sido la

fuerza motriz de las transformaciones globales, en contraposición al imperativo económico como tal.

En opinión de Castells (2001), la tecnología actual de la información y de la comunicación transforma profundamente el soporte con el cual nos había dotado la naturaleza; aumenta para todos aquellos que la utilizan el campo informacional y se ensancha el espacio relacional. Lo relacional es un aspecto clave en la psicología social y, por lo general, el término empleado para definir la disciplina. Sin embargo, definir la psicología social en términos de interacción no ha estado exento de ambigüedades: han sido diferentes las acepciones utilizadas al momento de hablarse de relación, por ejemplo: interacción o relación social, vínculo, comunicación o relación interpersonal, relación humana, intersubjetividad, entre otros.

Así, paradójicamente, la mundialización y el advenimiento de la sociedad en red, lejos de abolir la importancia y la dimensión del territorio contribuyen, contrariamente, a revalorizarlas. Estamos en un territorio en que la aplicación de ciertos modelos legales choca con grandes resistencias. Como lo ha comentado Castells (2001), es notable la capacidad de reacción de la comunidad internauta a cualquier intento de coartar la libertad. No tendrán vida fácil quienes aún piensen que las instituciones del Estado pueden continuar operando como antes del desarrollo de la Internet. Estos conflictos constituyen una clara manifestación de las tensiones originadas en el paso de una sociedad industrial a una sociedad-red.

Cibersociedad

La noción de *cyber* (el *kibernetes* griego) nos proporciona una idea de artificialidad, vehemencia, de algo híbrido, no natural, no direccionalidad, de algo que ha sido creado. Lo *cyber* o *cybor* indica hidridación, ya no sólo con otros seres humanos sino también con máquinas. El ciberespacio existe en tanto que espacio creado a través de máquinas y nace cuando en 1.832, Samuel Morse pone en marcha por primera vez el telégrafo. La noción de ciberespacio no parece conllevar una postura moralizante previa, nos indica claramente que

nos situamos ante un tipo de fenómeno eminentemente social y, también, que en nuestro análisis esta dimensión social adquiere una importancia preeminente. El ciberespacio en definitiva, son entornos, escenarios, espacios interactivos y multipersonales utilizados (habitados) y creados por los usuarios de diversas tecnologías que permiten la interconexión entre ordenadores o similares.

El mundo *cyber* o el *cyberspace* (espacio *cyber*) es la misma cosa que la red o Internet. El nombre fue acuñado por Gibson (1984) en su libro *Neuromancer*. La *cibersociedad* constituye un privilegiado escenario postmoderno en donde podemos visualizar la interconexión y fusión de ciertos componentes arquetípicos con las últimas manifestaciones de la cultura tecnológica. Efectivamente, es posible entender los medios de comunicación como prolongaciones del hombre. Las avanzadas tecnologías de información y comunicaciones nos introducen en la sucesiva conformación de ambientes culturales. Cada nuevo medio de comunicación transforma la forma cómo creamos y nos comunicamos, modificando además al sistema de medios de comunicación en el ambiente cultural vigente (proceso de re-mediación). La mediamorfosis es posible porque el contenido de todo medio de comunicación es otro medio de comunicación.

El telégrafo fue el primer medio de comunicación que alteró nuestra perspectiva de tiempos, espacios y movimientos de la información: “No fue sino hasta el advenimiento del telégrafo que los mensajes pudieron viajar más aprisa que un mensajero” (Mc. Luhan, 1997: 121). Este autor, consideraba al telégrafo como la “hormona social” que dio inicio a la velocidad instantánea en el movimiento de la información. Los paralelismos que es posible advertir entre la introducción del telégrafo y el advenimiento de Internet, resultan sorprendentes. De acuerdo con McLuhan, el telégrafo introdujo la “era de la angustia”: “el hombre había iniciado una exteriorización o prolongación de su sistema nervioso central, que actualmente, con las emisiones vía satélite, se acerca a una prolongación de la conciencia” (McLuhan, 1997: 308).

La introducción de cada nuevo medio de comunicación y sus efectos sobre la velocidad con la cual es desplazada la información,

efectivamente alteran nuestra percepción cultural del tiempo y el espacio. El notable incremento de la velocidad con la cual circula la información admite ser considerado como uno de los rasgos distintivos de Internet, y representa una de las premisas fundamentales de la Sociedad de la Información y el conocimiento.

En este contexto, la velocidad y el cambio, efectivamente, parecen ser inherentes al desarrollo mismo de la Internet. La capacidad de transformación de la red desborda nuestra imaginación. Cada año son introducidas nuevas aplicaciones, los horizontes de la convergencia tecnológica se extienden; y atractivas oportunidades de negocio, se desprenden de su formidable evolución. El Internet de banda ancha representa una auténtica remediación que multiplica sus posibilidades, permitiendo tener acceso a servicios y aplicaciones a velocidades considerablemente más rápidas que las alcanzadas a través de módems convencionales.

En los últimos años, el acceso a Internet de banda ancha facilitó la incorporación del video a las aplicaciones existentes; por ejemplo: conferencias, mensajería y juegos, además de estimular el desarrollo de contenidos en video creados por los usuarios. Su surgimiento se anticipó a la introducción de la Web TV comunitaria. Por lo anterior, algunos especialistas afirman que la masificación del acceso a Internet de banda ancha estimula significativamente el desarrollo de una nueva sociedad, fundamentada en Comunidades Virtuales. Entre sus rasgos principales se encuentran:

1. El fundamento último de las comunidades virtuales remite a un arcaico sentimiento de comunidad que fue bloqueado y soterrado por el proyecto de vida auspiciado en su momento por la modernidad.

2. La cultura actual, postmoderna si se quiere, revela un retorno de lo comunitario encarnado en la efervescencia de una dispersa y heterogénea gama de microcomunidades que brotan con fuerza en el seno de nuestras sociedades.

3. El auge de las comunidades virtuales obedece a una exteriorización de un sentimiento de comunidad materializado ahora en el dominio de lo virtual, convirtiéndose éste en un receptáculo de acogida que favorece la proliferación de diferentes microcomunidades aglutinadas en torno a un particular vínculo colectivo.

4. Las comunidades virtuales reflejan la posibilidad de una compleja simbiosis de lo arcaico, de lo recurrente, con lo más nuevo, con lo más avanzado de la cultura tecnológica.

Desde esta perspectiva, nos encontramos, como lo sostiene Maffesoli (2004), ante la dialéctica de la vida errante y el sedentarismo, lo cual nos remite precisamente a un mundo flotante, al carácter equívoco de la existencia. En esta dialéctica encontramos una categoría estructural del fenómeno humano: la duplicidad. Ya mostré cómo ésta se halla intrínsecamente ligada a la vida cotidiana por su carácter doble y dual. Esto significa que no puede reducirse a un estado positivo, que no soporta el encierro y, al mismo tiempo, que se las arregla con lo establecido y las diversas formas de imposición que éste dimana. En este sentido, la duplicidad, es una forma de libertad, una manera de introducir el “movimiento” en lo que es estable, o la inquietud en lo que está demasiado seguro de sí mismo.

En este contexto, podemos decir que, adoptando una perspectiva universalista como la de Maffesoli (2004), tratando de superar los distintos “territorios” comunitarios, la modernidad exacerbó el territorio individual y con ello estigmatizó el nomadismo, es decir, lo que va más allá de la lógica de la identidad individual. Esto no quiere decir que la dialéctica arraigo-vida errante haya dejado de existir; al contrario, su buen uso puede estimular una visión más armónica de la relación entre la persona y la comunidad.

En efecto, se puede decir que esa vida armónica es el resultado de la distancia religada. Mientras que la sociedad moderna tiende a uniformar, a unificar y, al mismo tiempo, a separar a los individuos; la comunidad, por su parte, tomada desde luego en un sentido ideal, se apoya en personas en movimiento que desempeñan diferentes papeles característicos, así como en la estrecha articulación entre ellas.

A modo de cierre

Sólo unos pocos contemporáneos son capaces de recordar que el término “sociedad”, cuando apareció por primera vez en la lengua de esa ciencia emergente que representaba la sociología, era una metáfora y que en su carácter típicamente selectivo resaltaba ciertos aspectos del objeto al que se aplicaba a la vez que se le asignaba a los otros una importancia menor.

Existe un denominador común que atraviesa todos esos usos primigenios y presociológicos de la palabra sociedad. Todos ellos, explícita o implícitamente, proyectaban una imagen de cercanía, proximidad, comunión y, cierto grado de intimidad y compromiso mutuo. Por otra parte es el umbral de lo desconocido, de lo amenazante, de lo peligroso. Es entonces cuando la gran temática de los valores de lo extraño y de lo extranjero, encuentran su sitio en la construcción simbólica de la realidad social. Ya lo señalaba McLuhan, cada nuevo medio adopta los contenidos de su predecesor y por ello confunde su auténtica eficacia histórica.

Quiere esto decir que ante la irrupción de un nuevo avance tecnológico, la sociedad se ve obligada a inventar sus contenidos y sus usos. En lo referente a las comunicaciones medidas por el computador, esto es evidente, como lo fue previamente para la radio o la televisión. A medida que la sociedad va imaginando usos para el nuevo medio, éste encuentra su camino propio. Tal es el caso de la Internet, este espacio social lo denominamos ciberespacio como fenómeno social, una tecnología determinada, un conjunto de hardware y software que permite el intercambio de información digital a un nivel mundial, los cuales constituyen la cibersociedad, donde unos grupos comparten prácticas, valores y una particular visión del mundo, constituyendo comunidades en las que las actividades online constituyen el centro de la sociabilidad y en las que ésta acaba teniendo una enorme relevancia en la identidad global del individuo.

(Footnotes)

⁶ **Alicia Silva Silva** es profesora investigadora en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Carabobo. TSU en Informática, Licenciada en Administración, Especialista en Educación Superior, Maestrante en Investigación Educativa, Doctorante en Ciencias Sociales. Investigadora en la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (ASOVAC) y acreditada por el Programa Premio al Investigador (PPI) del Observatorio Nacional de Ciencia y Tecnología e Innovación (ONCTI), Venezuela. Correo electrónico: silvalicia@gmail.com.

REFERENCIAS

- Amín, S. (2003). *Más allá del Capitalismo Senil. Por un Siglo XXI No Norteamericano*. Buenos Aires-Barcelona-México: Paidós.
- Castells, M. (1999). *La era de la Información: economía, sociedad y cultura*. (Vol. 1: La sociedad red). Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2000). *Globalización, estado y sociedad: El nuevo contexto histórico de los derechos humanos*. Madrid: Isegoría.
- Castells, M., Giddens, A. y Touraine, A. (2001). *Teorías para una nueva sociedad*. Madrid: Cuadernos de la Fundación M. Botín.
- Gibson, W. (1989). *Neuromante*. Barcelona: Minotaruro.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza.
- Joyanes, T. (1997), *Cibercultura*. Madrid: Technos.
- Maffesoli, M. (2004). *El Nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Martín-Barbero, J. (1998). Tipología cultural. En *Municipios y regiones de Colombia*. Santafé de Bogotá: Fundación Social.
- Mattelart, A. (1997). Utopía y realidades del vínculo global para una crítica del tecnoglobalismo. *Revista Diálogo*, N° 50, pp. 6-26.
- McLuhan, M.; Power, B.R. (1991). *La Aldea Global*. México: Gedisa.
- Monsalve, A. (2002). Globalización y conflicto. En *Alma Máter Agenda Cultural*, N° 80. Medellín.
- Ortiz, R. (1994). Una cultura internacional popular. En *Mundializaçao e cultura*. Sao Paulo-Brasil: Brasiliense.
- Pineda, M. (1996). *Telecomunicaciones, desequilibrios, globalización y diversidad cultural*. *Revista Opción*, N° 19 (Abril), Año 12, pp. 101-123. Facultad Experimental de Ciencias/LUZ. Maracaibo-Venezuela.
- Yúdice, G. (2000). Redes de gestión social y cultural en tiempos de globalización. En D. Mato *et al.* (Coords.), *América Latina, en tiempos de globalización II: Cultura y transformaciones sociales*, pp. 93-116. Caracas: CIPOST - Universidad Central de Venezuela - UNESCO.

|

|